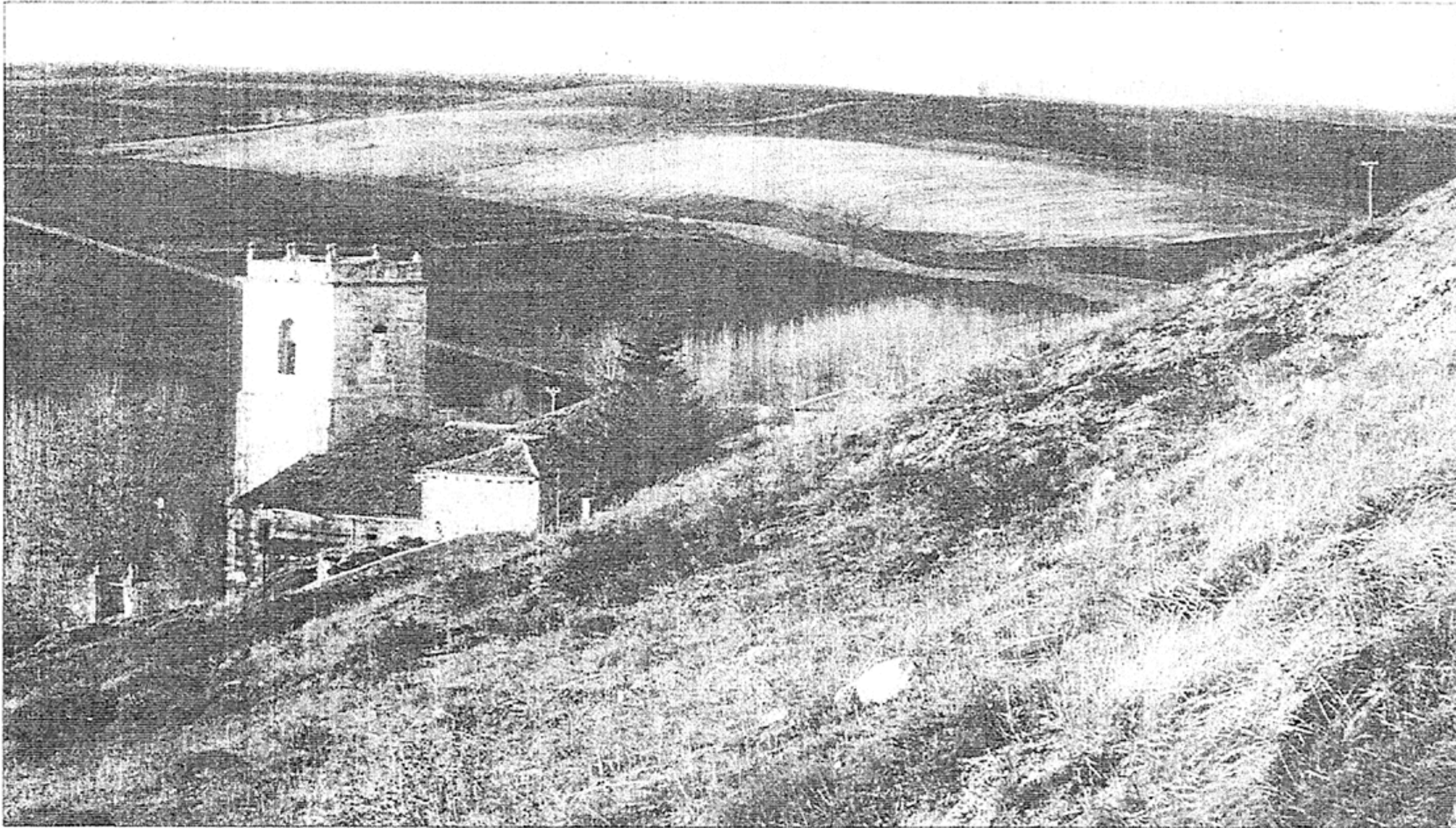


COLABORACIÓN



La Sierra del Alto Rey vista desde Jirueque.

FOTOS: P.C.E.

## De Jirueque al Alto Rey, a pie, por etapas (I)

Iniciamos nuestro peregrinaje por la destartalada carretera, la comarcal 1000



PEDRO CARRERO ERAS  
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Hace un año que no escribo artículos sobre mis caminatas. El último, publicado en marzo de 2016 en este periódico, se tituló «Viaje a Angón, con parada en Rebollosa». Parece que hace ya un siglo, y sin embargo ¡qué rápidos e inexorables pasan los días y los meses! Entonces dije que quería hacer nuevas excursiones por las Serranías. Pero durante este tiempo, y aunque no he dejado de ser andariego, se cruzaron otras actividades, como la redacción de una novela (¿qué español no lleva, bajo el brazo, una novela?), y a esa ocupación y a otros menesteres se debe, en buena parte, mi silencio.

Ahora, en estos últimos días de marzo, he tenido ocasión de seguir profundizando en las Serranías, con una meta bien señalada, más lejana que cualquier otra y muy ambiciosa: el Alto Rey, en la sierra de su mismo nombre, esa cúspide que, bien recordada y sin obstáculos que la oculten, al menos desde su cara sur, otea y preside todas estas tierras. De ese propósito ya hablé hace años, en concreto en mi crónica «De Jirueque hasta la Toba, y regreso», publicada en Nueva Alcarria el 25 de septiembre de 2009, y después incorporada a mi libro *Nuevas Rutas a pie desde Jirueque*, de 2012. Ahí contaba, al llegar a La Toba y ver con mayor nitidez y cercanía el Alto Rey, que mi amigo Juan Luis Salcedo, alpinista y escritor de libros sobre montaña, hacía tiempo que, cuando venía de visita a Jirueque, me



La picota de La Toba.

FOTOS: P.C.E.

había retado a caminar, en sucesivas etapas, desde Jirueque hasta el Alto Rey. Desde entonces esa aspiración no se había cumplido, pero la recordábamos cada vez que nos veíamos, no sin cierta vergüenza, hasta que, por fin, hemos decidido llevarla a cabo estos días. Juan Luis necesita entrenarse, pues está a punto de realizar un viaje a Nepal, en concreto a finales de abril, donde practicará el senderismo en unas cotas que se mueven nada menos que en torno a los 5.000 metros de altura.

Como solo hemos dispuesto de tres días y yo había hecho el trayecto andando desde Jirueque hasta La Toba, las tres etapas que quedan por realizar son las siguientes: el primer

día, de La Toba hasta Hiendelaencina (12 kms. y medio); el segundo, de Hiendelaencina hasta Bustares (14 kms.), y el tercer y último día, de Bustares hasta el Alto Rey (unos 9 kms., todos de subida).

Así que hemos comenzado nuestro peregrinaje la mañana del martes 28, yendo en coche desde Jirueque hasta La Toba, y desde allí hemos comenzado nuestra primera etapa a pie. Seguimos religiosamente la recomendación que se le hace al peatón de circular por la izquierda. Hay una nubosidad sin precipitaciones que lo cubre todo y nos tapa la visión de nuestra meta, de la montaña. Es un día gris y bastante frío —aquí la altitud está ya entre los 900 y 1.000

metros—, pero consuela pensar en algo que dicen los gitanos: que no quieren buenos principios para sus hijos. Además, las previsiones del tiempo auguran un miércoles y un jueves despejados. Vamos por la carretera, por esta destartalada carretera, la comarcal 1000, que sin bien es un lujo para el caminante, su firme, que luce numerosos y antiguos parches, está necesitada de un buen repaso. No vamos a seguir caminos, que sería lo deseable para un senderista. A veces surge algún que otro camino, a un lado y otro de la carretera, pero ni siquiera con el mapa topográfico en la mano podemos estar seguros de que siga la dirección correcta. Ya me ha pa-

sado en más de una ocasión errar el camino y desandar lo andado. Así que tampoco viene mal ir por esta carretera de Hiendelaencina, porque estamos entre semana y la circulación de vehículos es muy escasa, y ya se sabe que los caminantes somos poco amigos del asfalto y del estrés que provoca un tráfico intenso.

Pronto nos acercamos a la llamada Sierra de los Lobos, según mi mapa. Es abundante la referencia a los lobos en los nombres de lugar de estas tierras, sin duda por su abundante presencia en otras épocas. Por ejemplo, hay un Valdelobos en Medranda y hay otro Valdelobos en Castilblanco. Ahora creo que Medio Ambiente está haciendo que este animal vuelva a desarrollarse en esta zona. (¿Será verdad que no atacan al hombre?). He oído que hay una camada en Palmaces. Hace unos años fotografié, en el Llano Castilblanco, a una cierta distancia, algo que me pareció ser un zorro, pero ahora, con la noticia de la presencia de los lobos, he vuelto a repasar las fotografías, me he fijado bien en la cola y creo que no se trata de un zorro, sino de un lobo. Allí estaba, al borde del camino, pero cuando me vio se dio media vuelta y desapareció. Se dice que al ser humano lo teme, vaya solo o acompañado, y la verdad es que no le debe faltar razón en ser tan precavido. Y no es porque haya que recordar necesariamente a Hobbes.

En una de las laderas de esta Sierra de los Lobos se extiende, bien desparramado y nutrido de casas, el pueblo de Congostrina, nombre que probablemente alude, según el diccionario de toponimia de Ranz Yubero, a su situación, como 'paso entre montañas'. Esta localidad se divisa bien, allá en lo alto, cuando llegamos al cruce con la comarcal 1001, que es ya una carretera bien asfaltada. El cruce se halla en un paraje que figura en el mapa con el nombre de Vega del Peral. En Congostrina tiene una casa Jacinto Gamo, presidente de una dinámica asociación de profesores jubilados de la Universidad de Alcalá, entre los que me cuento. Durante años me he encontrado por casualidad a Jacinto —y sobre ello bromeamos— a lo largo y a lo ancho de la geografía, por ejemplo en ese finisterre que es el Parque Natural del Cabo de Gata-Níjar. Y así en otros sitios, tanto pensables como impensables. Hoy no vamos a entrar en Congostrina porque nuestra meta no nos permite salirnos del itinerario previsto y de sus etapas; pero no descarto ir andando algún día desde Jirueque hasta Congostrina, avisando previamente, eso sí, a Jacinto.

Tras quedar Congostrina a nuestras espaldas, nos paramos en un recodo de la carretera, para comer algo de lo que llevamos en nuestras mochilas. Después del madrugón —mi amigo Juan Luis es implacable con los horarios, y enseguida hay toque de diana— el desayuno ha sido más bien frugal. Cada uno lleva un termo con caldo, quesitos y algo de pan y fruta. Así que, sentados sobre unas piedras planas, el caldo, bien caliente, y todo lo demás, saben a gloria en un día no precisamente apacible como el de hoy. Como suele suceder, ciertos alimentos que en la ciudad no son especialmente atractivos, o mejor dicho, son agradables, pero rutinarios, aquí, a la intemperie, y tras haber andado ya más de siete kilómetros, cobran un sabor especial. El hambre del ca-